

nos dijese con palabras materiales su parecer, los tendríamos por importunos y mal acondicionados. Y si no, miremos qué tal pareció aquel ángel que refiere san Mateo, á Heródes y á la mujer de su hermano Filipo (1), pues por no oírle su reprehension le cortaron la cabeza.

Más acertado sería á estos hombres, que el vulgo neciamente llama ángeles del cielo, decir que son asnos de la tierra, porque entre los brutos animales, dice Galeo (2) que no hay otro más tonto ni de ménos ingenio que el asno, aunque en memoria los vence á todos (3); ninguna carga rehuye, por donde lo llevan va sin ninguna contradicción, no tira coces ni muerde, no es fugitivo ni malicioso, si le dan de palos no se enoja, todo es hecho al contento y gusto del que lo ha menester.

Estas mismas propiedades tienen los hombres á quien el vulgo llama ángeles del cielo, la cual blandura les nace de ser necios y faltos de imaginativa y tener remisa la facultad irascible, y ésta es muy gran falta en el hombre y arguye estar mal compuesto. Ningun ángel ni hombre ha habido en el mundo de mejor condición que Jesucristo, nuestro redentor; y entrando un día en el templo dió muy buenos azotes á los que halló vendiendo mercancias, y es la causa que la irascible es el verdugo y espada de la razón, y el hombre que no riñe las cosas mal hechas, ó lo hace de necio ó por falta de irascible. De manera que el hombre sabio por maravilla es blando ni de la condición que querrian los malos. Y así los que escriben la historia de Julio César están espantados de ver cómo los soldados podían sufrir un hombre tan áspero y desabrado, y nacía de tener el ingenio que pide la guerra.

La tercera propiedad que tienen los que alcanzan esta diferencia de ingenio es (4) ser descuidados del ornamento de su persona; son casi todos desaliñados, sucios, las calzas caídas, llenas de arrugas, la capa mal puesta, amigos del sayo viejo y de nunca mudar el vestido.

Esta propiedad cuenta Lucio Floro que tenía aquel famoso capitán Viriato, de nación portugués, del cual dice y afirma, encareciendo su grande humildad, que menospreciaba tanto los aderezos de su persona, que no había soldado particular en todo su ejército que anduviese peor vestido. Y realmente no era virtud, ni lo hacía con arte, sino que es efecto natural de los que tienen esta diferencia de imaginativa que vamos buscando. El desaliño de Julio César engañó grandemente á Ciceron, porque preguntándole despues de la batalla la razón que le había movido á seguir las partes de Pompeyo, cuenta Macrobio que respondió: *Precinctura me fefellit*. Como si dijera: engañóme ver que Julio César era un hombre desaliñado y que nunca traía pretina, á quien los soldados por baldon le llamaban ropa suelta; y esto les había de mover para entender que tenía el ingenio que pedía el consejo de la guerra. Como lo atinó Sila, cuenta Tranquilo, que viendo el desaliño que

(1) San Juan Bautista era ángel en el oficio. (Mat., cap. xi.)

(2) 2. Met., cap. vii.

(3) Nota cuán contraria es la memoria de la potencia discursiva á un en los brutos animales.

(4) De los hombres que están ocupados en profundas imaginaciones dice Horacio: *Et bona pars non unguis ponere curat secreta petit loca*. Como si dijera: no se cortan las uñas ni se lavan las manos, son sucios y desaliñados.

tenía Julio César siendo niño, avisó á los romanos diciendo: *Cavete puerum male præinctum*. Como si les dijera: guardaos, romanos, de aquel muchacho mal ceñido.

De Anibal nunca acaban de contar los historiadores el descuido que tenía en el vestir y calzar, y cuán poco se daba por andar pulido y aseado.

Queriendo Hipócrates dar señales para conocer el ingenio y habilidad de los médicos, fuera de otros muchos indicios que halló para ello, escogió por el más principal el ornato y atavío de su persona, el que se curase las manos y cortase las uñas, y trajesen los dedos llenos de anillos, los guantes muy olorosos, las calzas tiradas, el sayo que siente bien y sin arrugas, la cara limpia y sin pelillos; y de todo esto tuviere mucho cuidado, bien lo pueden señalar por hombre de poco entendimiento, y así dijo: *Ex vestitu enim cognoscet homines, quamvis enim fuerint splendide ornati, multo magis fugiendi sunt, et à conspectibus odio habendi*. Como si dijera: del vestido conocerás los hombres, y cuanto más los vieres que traten de andar bien vestidos y aseados, tanto más has de huir de ellos, porque para ninguna cosa son buenos. De los hombres de grande ingenio y que están siempre ocupados en profundas imaginaciones, se espantaba Horacio viéndoles las uñas largas, los nudillos de los dedos llenos de suciedad, la capa arrastrando, el sayo por abotonar, la camisa sucia, sin cordones, los zapatos en chancala, las calzas rotas, caídas y llenas de arrugas. Y así dijo: *Et bona pars non unguis ponere curat secreta petit loca*. Como si dijera: no se cortan las uñas ni se lavan las manos. Y es la razón que el grande entendimiento y la mucha imaginativa hacen burla de todas las cosas del mundo, porque en ninguna de ellas hallan valor ni substancia. Solas las contemplaciones divinas les dan gusto y contento, y en éstas ponen la diligencia y cuidado, y desechan las demas. Para conocer un hombre y trabar con él amistad, dice Ciceron, es menester gastar primero una fanega de sal; porque son sus costumbres tan ocultas y dobladas, que en breve tiempo ninguno las puede alcanzar; sola la experiencia de haber tratado muchos días con él nos lo pone claro y patente; pero si Ciceron advirtiera en las señales que pone la divina Escritura, con solo un puñado de sal hiciera alarde de sus costumbres, y más sin aguardar tanto tiempo. Tres cosas, dice el sabio, descubren á un hombre por doblado que sea: la primera es el reír, la segunda el vestir, y la tercera el andar. De la risa ya hemos dicho atrás que siendo mucha y en cualquiera ocasión, y á grandes voces, y dando palmadas, y con otras descomposturas que tienen los más risueños, que los tales son faltos de imaginativa y entendimiento. Del vestir con mucha curiosidad y andar siempre á caza buscando los pelillos de la capa, basta lo dicho. Sólo quiero advertir aquí que no trato de condenar la limpieza y ornato de los hombres, ni alabar su desaliño y suciedad, porque todo esto es vicio y requiere mediocridad. Y así dijo Ciceron: *Adhibenda est præterea munditia non odiosa nec exquisita nimis, tantum quod fugiat agrestem et in humanam negligentiam eadem ratio est habenda vestitu*. Del andar notó Ciceron dos

diferencias por extremo, y ambas las condenó por viciosas. La primera andar aprieta, y la segunda muy despacio, y así dijo: *Cavendum est autem ne aut tarditibus utemur in ingressu mollioribus, et pomparum ferculis similis esse videamur; aut infestationibus suscipiamus nimias sceleritates; quæ cum fiunt anhelitus moventur, vultus mutantur ora torquentur, ex quibus magna significatio fit non ad esse constantiam*. Como si dijera: guardaos de andar tan despacio que parezca que vais en alguna procesion con la pompa y aparato de las imágenes, ni tan aprisa que levanteis el angelito y mudeis el rostro, y torzais la boca, y hagais algunos regaños, de lo cual coligen los que os están mirando que no tenéis constancia; pero realmente no son éstas las diferencias de andar que descubren el ingenio del hombre, sino otras muy diferentes, las cuales consisten en cierta acción que no se puede pintar con la pluma ni explicar con la lengua. Y así dijo Ciceron que vistas por los ojos son fáciles de entender, y para decir y escribir muy dificultosas.

El ofenderse notablemente con los pelillos de la capa, y tener mucho cuidado que anden tiradas las calzas, y que el sayo siente bien sin que haga arrugas, pertenece á una diferencia de imaginativa de muy bajos quilates y que contradice al entendimiento, y á esta diferencia de imaginativa que pide la guerra.

La cuarta señal es tener la cabeza calva, y está la razón muy clara. Porque esta diferencia de imaginativa reside en la parte delantera de la cabeza, como todas las demas. Y el demasiado calor quema el cuero de la cabeza y cierra los caminos por donde han de pasar los cabellos; allende que la materia de que se engendra, dicen los médicos que son los excrementos que hace el cerebro al tiempo de su nutrición, y con el gran fuego que allí hay, todos se gastan y consumen, y así falta materia de que poderse engendrar. La cual fisonomía si alcanzara Julio César, no se corriera tanto de tener la cabeza calva, el cual, por cubrirla, hacia volver con maña á la frente parte de los cabellos que habían de caer al colodrillo.

Y de ninguna cosa dice Tranquilo que gustara tanto como si el Senado mandara que trajera siempre la corona de laurel en la cabeza, no más de por cubrir la calva. Otro género de calva nace de ser el cerebro duro y terrestre y de gruesa composición, pero es señal de ser el hombre falto de entendimiento y de imaginativa y memoria.

La quinta señal en que se conocen los que alcanzan esta diferencia de imaginativa, es que los tales tienen pocas palabras y muchas sentencias; y es la razón que siendo el cerebro duro y seco, por fuerza han de ser faltos de memoria, á quien pertenece la copia de los vocablos. El hallar mucho que decir nace de una junta que hace la memoria con la imaginativa en el primer grado de calor. Los que alcanzan esta junta de ambas potencias son ordinariamente muy mentirosos, y jamas les falta qué decir y contar, aunque los estén escuchando toda la vida.

La sexta propiedad que tienen los que alcanzan esta diferencia de imaginativa, es ser honestos y ofenderse notablemente con las palabras sucias y torpes. Y así

dice Ciceron (1) que los hombres muy racionales imitan la honestidad de naturaleza, la cual puso en oculto las partes feas y vergonzosas, que hizo para proveer las necesidades del hombre, y no para hermosearle; y en éstas, ni consienten poner los ojos ni los oídos sufran sus nombres. Esto bien se puede atribuir á la imaginativa y decir que se ofende con la mala figura de aquellas partes. Pero en el capítulo xvii damos razón de este efecto, y lo reducimos al entendimiento, y juzgamos por faltos de esta potencia á los que no les ofende la honestidad. Y porque con la diferencia de imaginativa que pide el arte militar casi se junta el entendimiento, por eso los buenos capitanes son honestísimos. Y así en la historia de Julio César se hallará un acto de honestidad, y es, que estándole matando á puñaladas en el senado, viendo que no podía huir la muerte, se dejó caer en el suelo, y con la vestidura imperial se compuso de tal manera, que despues de muerto le hallaron tendido con grande honestidad, cubiertas las piernas y las demas partes que podían ofender la vista.

La séptima propiedad, y más importante de todas, es que el capitán general sea bien afortunado y dichoso, en la cual señal entenderemos claramente que tiene el ingenio y habilidad que el arte militar ha menester, porque en realidad de verdad, ninguna cosa hay que ordinariamente haga á los hombres desastrados y no sucederles siempre las cosas como desean, es ser faltos de prudencia y no poner los medios convenientes que los hechos requieren. Por tener Julio César tanta prudencia en lo que ordenaba era el más bien afortunado de cuantos capitanes ha habido en el mundo, en tanto que en los grandes peligros animaba á sus soldados diciendo: no temais, que con vosotros va la buena fortuna de César. Los filósofos estoicos tuvieron entendido que así como había una causa primera, eterna, omnipotente y de infinita sabiduría, conocida por el orden y concierto de sus obras admirables, así hay otra imprudente y desatinada, cuyas obras son sin orden ni razón, y faltas de sabiduría, porque con una irracional afición da y quita á los hombres las riquezas, dignidades y honras. Llamáronla con este nombre fortuna, viendo que era amiga de los hombres que hacían sus cosas fuerte, que quiere decir acaso, sin pensar, sin prudencia, ni guiarse por cuenta y razón.

Pintábala, para dar á entender sus costumbres y mañas, en forma de mujer, con un cetro real en la mano, vendados los ojos, puesta de piés sobre una bola redonda, acompañada de hombres necios, todos sin arte y manera de vivir. Por la forma de una mujer notaban su gran liviandad y poco saber, por el cetro real la confesaban por señora de las riquezas y honra. El tener vendados los ojos daba á entender el mal tiento que tiene en repartir estos dones. Estar de piés sobre la bola redonda significaba la poca firmeza que tiene en los favores que hace; con la misma facilidad que los da los torna á quitar, sin tener en nada estabilidad. Pero lo peor que en ella hallaron es que favorece á los malos y persigue á los buenos, ama á los necios y aborrece á los sabios, los nobles abaja, y á los viles ensalza, lo feo le

(1) Lib. i. De offi.

agrada y lo hermoso le espanta. En la cual propiedad confiados muchos hombres que conocen su buena fortuna, se atreven á hacer hechos locos y temerarios, y les suceden muy bien, y otros hombres muy cuerdos y sabios, áun las cosas que van guiadas con mucha prudencia, no se atreven á ponerlas por obra, sabiendo ya por experiencia que estas tales tienen peores sucesos.

Cuán amiga sea la fortuna de gente ruin, pruébalo Aristóteles (1) preguntando: *Cur divitiæ magna ex parte ab hominibus pravis potius quam bonis habeantur?* Como si dijera: ¿qué es la razon por que la mayor parte de las riquezas están en poder de los malos, y la pobreza en los buenos. Al cual problema responde: *An quia fortuna cæca est discernere sibi, atque eligere quod melius non potest.* Como si respondiera que la fortuna es ciega y no tiene discrecion para elegir lo mejor. Pero ésta es respuesta indigna de tan grande filósofo, porque ni hay fortuna que dé las riquezas á los hombres, y puesto caso que la hubiera, no da la razon por que favorece siempre á los malos y desecha los buenos.

La verdadera solucion de esta pregunta es que los malos son muy ingeniosos y tienen fuerte imaginativa para engañar comprando y vendiendo, y saben granjear la hacienda y por donde se ha de adquirir. Y los buenos carecen de imaginativa, muchos de los cuales han querido imitar á los malos, y tratando con el dinero, en pocos dias perdieron el caudal. Esto notó Cristo, nuestro redentor (2), viendo la habilidad de aquel mayordomo á quien su señor tomó cuenta, que quedándose con buena parte de su hacienda, le dió finiquito de la administracion. La cual prudencia, aunque fué para mal, alabó Dios y dijo: *Quia filii hujus seculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt.* Como si dijera: más prudentes son los hijos de este siglo en sus invenciones y mañas, que los que son del bando de Dios; porque éstos son ordinariamente de buen entendimiento, con la cual potencia se aficionan á su ley, y carecen de imaginativa, á la cual potencia pertenece el saber vivir bien en el mundo, y así muchos son buenos moralmente, porque no tienen habilidad para ser malos. Está manera de responder es más llana y palpable. Por no atinar los filósofos naturales á ella, fingieron una causa tan necia y desatinada como es la fortuna, á quien atribuyesen los malos y buenos sucesos, y no á la imprudencia ó mucho saber de los hombres.

Cuatro diferencias de gentes se hallan en cada república, si alguno las quiere buscar: unos hombres hay que son sabios y no lo parecen; otros lo parecen y no lo son; otros ni lo son ni lo parecen; otros lo son y lo parecen.

Hay unos hombres callados, tardos en hablar, pesados en responder, no pulidos ni con ornamento de palabras, y dentro de sí tienen oculta una potencia natural tocante á la imaginativa, con la cual conocen el tiempo, la ocasion de lo que han de hacer, el camino por donde lo han de guiar, sin comunicarlo con nadie ni darlo á entender. A éstos llama el vulgo dichosos y bien afortunados, pareciéndole que con poco saber y prudencia se les viene todo á la mano.

(1) 29 Sect., probl. 8.

(2) Lucas, cap. xvi.

En contrario, hay otros hombres de grande elocuencia en hablar y decir, grandes trazadores, hombres que tratan de gobernar todo el mundo, y que fingen cómo con poco dinero se podría ganar de comer; que al parecer de la gente vulgar no hay más que saber, y venidos á la obra, todo se les deshace en las manos. Éstos se quejan de la fortuna y la llaman ciega, loca y bruta, porque las cosas que hacen y ordenan con mucha prudencia, hace que no tengan buen fin. Y si hubiera fortuna que pudiera responder por sí, les dijera: vosotros sois los necios, locos y desatinados, que siendo imprudentes, os teneis por sabios, y poniendo malos medios, quereis buenos sucesos. Este linaje de hombres tiene una diferencia de imaginativa, que pone ornamento y afeite en las palabras y razones, y les hace parecer lo que no son. Por donde concluyo que el capitán general que tuviere el ingenio que pide el arte militar, y miráre primero muy bien lo que quiere hacer, será bien afortunado y dichoso; y si no, por demas es pensar que saldrá con ninguna victoria, si no es que Dios pelea por él, como lo hacia con los ejércitos de Israel, y con todo eso se elegian los más sabios y prudentes capitanes que habia, porque ni conviene dejarlo todo á Dios, ni fiarse el hombre de su ingenio y habilidad; mejor es juntarlo todo, porque no hay otra fortuna sino Dios y la buena diligencia del hombre.

El que inventó el juego de ajedrez hizo un modelo del arte militar, representando en él todos los pasos y contemplaciones de la guerra, sin faltar ninguno. Y de la manera que en este juego no hay fortuna, ni se puede llamar dichoso el jugador que vence á su contrario, ni el vencido desdichado, así el capitán que venciere se ha de llamar sabio, y el vencido ignorante, y no dichoso ni mal afortunado. Lo primero que ordenó en este juego fué que en dando mate al rey, quedase el contrario victorioso, para dar á entender que todas las fuerzas de un ejército están puestas en la buena cabeza del que lo rigé y gobierna. Y para hacer de ello demostracion, dió tantas piezas á uno como á otro, porque cualquiera que perdiese tuviese entendido que le faltó el saber, y no la fortuna. De lo cual se hace mayor evidencia considerando que un gran jugador á otro de ménos cabeza le da la mitad de las piezas, y con todo eso le gana el juego. Y así lo notó Vegecio (3), diciendo: *Pautiores numero, et inferioribus viribus super ventus, et insidias facientes sub bonis ducibus reportarunt sæpè victoriam.* Como si dijera: muchas veces acontece que pocos soldados y flacos vencer á los muchos y fuertes, si son gobernados por un capitán que sabe hacer muchos embustes y engaños.

Puso tambien que los peones no pudiesen volver atras, para avisar al capitán general que cuente bien las tropas ántes que envíe los soldados al hecho, porque si salen erradas, ántes conviene que mueran en el puesto que volver las espaldas, porque no ha de saber el soldado que hay tiempo de huir ni acometer en la guerra sino es por orden del que los gobierna; y así en tanto que le duráre la vida ha de guardar su portillo, so pena de infame. Junto con esto puso otra ley, que el

(3) Lib. iii, tit. ix.

peon que corriese siete casas sin que le prendan, recibiera nuevo sér de dama, y pueda andar por donde quisiere, y sentarle junto al rey como pieza libertada y noble; en lo cual se da á entender que importa mucho en la guerra, para hacer los soldados valientes, preguntar intereses, campos francos y honras á los que hicieron hechos señalados. Especialmente si la honra y provecho ha de pasar á sus descendientes, entónces lo hacen con mayor ánimo y valentía. Y así dice Aristóteles (1) que en más estima el hombre el ser universal de su linaje, que su vida en particular. Esto entendió bien Saul cuando echó un bando á su ejército que decía (2): *Virum qui percuserit eum dabit rex divitiis magnis, et filiam suam dabit ei: et domum patris ejus faciet absque tributo in Israel.* Como si dijera: cualquiera soldado que matáre á Goliath le dará el rey muchas riquezas y le casará con su hija, y la casa de su padre quedará libre de pechos y servicios. Conforme á este bando habia un fuero en España que disponia que cualquiera soldado que por sus buenos hechos mereciese devengar quinientos sueldos de paga, que era la más subida ventaja que se daba en la guerra, quedase él y todos sus descendientes para siempre jamas libres de pechos y servicios.

Los moros, como son grandes jugadores de ajedrez, tienen ordenados siete escalones en la paga, á imitacion de siete casas que ha de andar el peon para que sea dama; y así los van subiendo de una paga á dos, y de dos á tres hasta llegar á siete, conforme á los hechos que hiciere el soldado, y si es tan valeroso que mereciere tirar tan subida ventaja como siete, se la dan; y por esta causa los llaman septenarios ó mata-siete, los cuales tienen grandes libertades y exenciones, como en España los hidalgos.

La razon de esto es muy clara en filosofia natural, porque ninguna facultad hay de cuantas gobiernan al hombre que quiera obrar de buena gana, si no hay interés delante que la mueva. Lo cual prueba Aristóteles (3) de la potencia generativa, y en las demas corre la misma razon. El objeto de la facultad irascible, ya hemos dicho atras que es la honra y provecho; y si esto falta, luégo cesa el ánimo y valentía. De todo esto se entenderá la gran significacion que tiene el hacerse dama el peon que sin prenderle corre siete casas; porque en todas cuantas buenas noblezas ha habido en el mundo y habrá, han nacido y nacerán de peones y hombres particulares, los cuales con el valor de su persona hicieron tales hazañas, que merecieron para sí y para sus descendientes título de hidalgos, caballeros, nobles, condes, marqueses, duques y reyes. Verdad es que hay algunos tan ignorantes y faltos de consideracion, que no admiten que su nobleza tuvo principio, sino que es eterna y convertida en sangre; no por merced del rey particular, sino por creacion sobrenatural y divina.

A propósito de este punto, aunque se va algo apartando de la materia, no puedo dejar de referir aquí un coloquio muy avisado que pasó entre el príncipe don Carlos, nuestro señor, y el doctor Suarez de Toledo,

(1) Lib. ii De anima.

(2) Lib. Regum, cap. xvii.

(3) 4 Sect., probl. 16.

siendo su alcalde de córte en Alcalá de Henares. *Príncipe.* Doctor, qué os parece de este pueblo?—*Doctor.* Señor, muy bien, porque tiene el mejor cielo y suelo que lugar tiene en España.—*P.* Por tal lo han escogido los médicos para mi salud. ¿Habeis visto la universalidad?—*D.* No, señor.—*P.* Vedla; que es cosa muy principal y donde me dicen se leen muy bien las ciencias.—*P.* Por cierto que para ser un colegio y estudio particular, que tiene mucha fama; y así debe ser en la obra como vuestra alteza dice.—*P.* ¿Dónde estudiasteis vos?—*D.* Señor, en Salamanca.—*P.* ¿Y sois doctor por Salamanca?—*D.* No, señor.—*P.* Eso me parece muy mal, estudiar en una universidad y graduarse en otra.—*D.* Sepa vuestra alteza que el gasto de Salamanca en los grados es excesivo, y por eso los pobres huimos de él, y nos vamos á lo barato; entiendo que la habilidad y las letras no las recibimos del grado, sino del estudio y trabajo, aunque no eran mis padres tan pobres, que si quisiera no me graduáran por Salamanca; pero ya sabe vuestra alteza que los doctores de esta universidad tienen las mismas franquezas que los hijosdalgo de España; y á los que lo somos por naturaleza, nos hace daño esta exencion, á lo ménos á nuestros descendientes.—*P.* ¿Qué rey de mis antepasados hizo á vuestro linaje hidalgo?—*D.* Ninguno; porque sepa vuestra alteza que hay dos géneros de hijosdalgo en España: unos son de sangre, y otros de privilegio; los que son de sangre, como yo, no recibieron su nobleza de mano del rey; y los de privilegio, sí.—*P.* Esto es para mí muy dificultoso de entender, y holgaria que me lo pusieres en términos claros, porque mi sangre real, contando desde mí, y luégo á mi padre, y tras él á mi abuelo, y así los demas por su orden, se viene á acabar en Pelayo, á quien por muerte del rey don Rodrigo lo eligieron por rey no siéndolo; si así contásemos vuestro linaje, ¿no vendríamos á parar en uno que no fuese hidalgo?—*D.* Este discurso no se puede negar, porque todas las cosas tienen principio.—*P.* Pues pregunto yo ahora: ¿de dónde hubo la hidalguía aquel primero que dió principio á vuestra nobleza? El no pudo libertarse á sí, ni eximirse de los pechos y servicios que hasta allí habian pagado al rey sus antepasados; porque esto era hurto y alzarse por fuerza con el patrimonio real, y no es razon que los hidalgos de sangre tengan tan ruin principio como éste. Luego claro está que el rey le libertó y le hizo merced de aquella hidalguía, ó dadme vos de dónde la hubo.—*D.* Muy bien concluye vuestra alteza, y así es verdad que no hay hidalguía verdadera (4) que no sea hechura del rey. Pero llamamos hidalgos de sangre aquellos que no hay memoria de su principio, ni se sabe por escritura en qué tiempo comenzó ni qué rey hizo la merced. La cual oscuridad tiene la república recibida por más honrosa que saber distintamente lo contrario, etc.

La república hace tambien hidalgos, porque en sa-

(4) Muy bien dijo el doctor Suarez verdadera hidalguía; porque hay muchas ejecutorias ganadas en España por la buena industria y maña del hidalgo, del cual se podría decir con más verdad que recibió la hidalguía de mano de los testigos y receptores que del Rey.

liendo un hombre valeroso, de grande virtud y rico, no le osa empadronar, pareciéndole que es desacato y que merece por su persona vivir en libertad y no igualarle con la gente plebeya. Esta estimacion, pasando á los hijos y nietos, se va haciendo nobleza, y van adquiriendo derecho contra el rey. Éstos no son hidalgos de devengar quinientos sueldos. Pero, como no se puede probar, pasan por tales.

El español que inventó este nombre, hijodalgo, dió bien á entender la doctrina que hemos traído, porque segun su opinion, tienen los hombres dos géneros de nacimiento. El uno es natural, en el cual todos son iguales, y el otro espiritual. Cuando el hombre hace algun hecho heroico ó alguna extraña virtud y hazaña, entónces nace de nuevo y cobra otros mejores padres, y pierde el sér que ántes tenía. Ayer se llamaba hijo de Pedro y nieto de Sancho; ahora se llama hijo de sus obras. De donde tuvo origen el refran castellano (1) que dice: cada uno es hijo de sus obras, y porque las buenas y virtuosas llama la divina Escritura algo, y los vicios y pecados nada (2), compuso este nombre, hijodalgo, que quiere decir ahora descendiente del que hizo alguna extraña virtud, por donde mereció ser premiado del rey ó de la república él y todos sus descendientes para siempre jamas.

La ley de la Partida dice que hijodalgo quiere decir (3) hijo de bienes; y si entiende de bienes temporales, no tiene razon, porque hay infinitos hijodalgos pobres, é infinitos ricos que no son hidalgos; pero si quiere decir hijo de bienes que llamamos virtud, tiene la misma significacion que dijimos. Del segundo nacimiento que han de tener los hombres, fuera del natural, hay manifiesto ejemplo en la divina Escritura, donde Cristo, nuestro redentor, reprende á Nicodémus (4) porque, siendo doctor de la ley, no sabía que era necesario tornar el hombre á nacer de nuevo para tener otro mejor sér y otros padres más honrados que los naturales. Y así todo el tiempo que el hombre no haga algun hecho heroico, se llama en esta significacion hijo de nada, aunque por sus antepasados tenga nombre de hijodalgo. A propósito de esta doctrina, quiero contar aquí un coloquio que pasó entre un capitán muy honrado y un caballero que se preciaba mucho de su linaje; en el que se verá en qué consiste la honra, y cómo ya todos saben de este nacimiento segundo. Estando, pues, este capitán en un corrillo de caballeros tratando de la anchura y libertad que tienen los soldados en Italia, en cierta pregunta que uno de ellos le hizo, le llamó vos, atento que era natural de aquella tierra é hijo de unos padres de baja fortuna, y nacido en una aldea de pocos vecinos; el capitán, sentido de la palabra, respondió diciendo: señor, sepa vuestra señoría que los soldados que han gozado de la libertad de Italia no se pueden hallar bien en España, por las muchas leyes que hay contra los que echan mano á la espada. Los otros caballeros, viendo que le llamaba señoría, no pudieron sufrir la risa; de lo cual corrido el caballero, le dijo de esta manera: se-

(1) *Actorum*, cap. v.

(2) *Joannis*, cap. i.

(3) Lib. II, P. II, tit. XXI.

(4) *Joannis*, cap. III.

pan vuestras mercedes que la señoría de Italia es en España merced, y como el señor capitán viene hecho al uso y costumbre de aquella tierra, llama señoría á quien ha de decir merced.

A esto respondió el capitán diciendo: no me tenga vuestra señoría por hombre tan necio que no me sabré acomodar al lenguaje de Italia estando en Italia, y al de España estando en España. Pero quien á mí me ha de llamar vos en España, por lo ménos ha de ser señoría de España, y se me hará muy de mal. El caballero, medio atajado, le replicó diciendo: pues ¿cómo, señor capitán? ¿vos no sois natural de tal parte é hijo de Fulano? ¿Y con esto no sabeis quién yo soy y mis antepasados? Señor, dijo el capitán, bien sé que vuestra señoría es muy buen caballero, y que sus padres lo fueron también, pero yo y mi brazo derecho, á quien ahora reconozco por padre, somos mejor que vos y todo vuestro linaje.

Este capitán aludió al segundo nacimiento que tienen los hombres en cuanto dijo: yo y mi brazo derecho, á quien ahora reconozco por padre, y tales obras podría haber hecho con su buena cabeza y espada, que igualase el valor de su persona con la nobleza del caballero.

Por la mayor parte, dice Platon, son contrarias la ley y naturaleza, porque sale un hombre de sus manos con ánimo prudentísimo, ilustre, generoso, libre, y con ingenio para mandar todo el mundo, y por nacer en casa de Amicla, que era un villano muy bajo, quedó por ley privado del honor y libertad en que naturaleza le puso. Por lo contrario, vemos otros cuyo ingenio y costumbres fueron ordenadas para ser esclavos y siervos, y por nacer en casas ilustres, quedan por ley hechos señores. Pero una cosa no se ha notado mil siglos atras, y es digna de considerar: que por maravilla salen hombres muy hazñosos ó de grande ingenio para las ciencias y armas, que no nazcan en aldeas ó lugares pajizos, y no en las ciudades muy grandes. Y es el vulgo tan ignorante, que toma por argumento en contrario nacer en lugares pequeños. De lo cual tenemos manifiesto ejemplo en la divina Escritura, que espantado el pueblo de Israel de las grandezas de Cristo, nuestro redentor, dijo: *A Nazareth potest quidquam boni exire?* Como si dijera: es posible que de Nazaret pudo salir cosa buena?

Pero volviendo al ingenio de este capitán que hemos dicho, él debía de juntar mucho entendimiento con la diferencia de imaginativa que pide el arte militar. Y así apuntó en este coloquio mucha doctrina, de la cual podremos colegir en qué consiste el valor de los hombres para ser estimados en la república. Seis cosas me parece que ha de tener el hombre para que enteramente se pueda llamar honrado; y cualquiera de ellas que le falte quedará su sér menoscabado. Pero no están todas constituidas en un mismo grado, ni tienen el mismo valor ni quilates. La primera y más principal es el valor de la propia persona en prudencia, en justicia, en ánimo y valentía. Éste hace las riquezas y mayorazgos, de éste nacen los apellidos ilustres, de este principio tienen origen todas las noblezas del mundo; y si no, vamos á las casas grandes de España, y hallarém-

que casi todas tuvieron origen de hombres particulares, los cuales con el valor de sus personas ganaron lo que ahora tienen sus descendientes. La segunda cosa que honra al hombre, despues del valor de la persona, es la hacienda, sin la cual ninguno vemos ser estimado en la república.

La tercera es la nobleza y antigüedad de sus antepasados: ser bien nacido y de claro linaje es una joya muy estimada, pero tiene una falta muy grande, que sola por sí es de muy poco provecho, así para el noble como para los demas que tienen necesidad. Porque ni es buena para comer, ni beber, ni vestir, ni calzar, ni para dar ni fiar; ántes hace vivir al hombre muriendo, privado de los remedios que hay para cumplir sus necesidades, pero junta con la riqueza no hay punto de honra que se le iguale. Algunos suelen comparar la nobleza al cero de la cuenta guarisma, el cual solo por sí no vale nada, pero junto con otro número le hace subir.

La cuarta que hace al hombre ser estimado es tener alguna dignidad ú oficio honroso, y por lo contrario, ninguna cosa baja tanto al hombre como ganar de comer en oficio mecánico.

La quinta cosa que honra al hombre es tener buen apellido y gracioso nombre, que haga buena consonancia en los oídos de todos, y no llamarse majagranzas ó majadero, como yo los conozco. Léese en la general historia de España que viniendo dos embajadores de Francia á pedir al rey D. Alonso IX una de sus hijas para casarla con el rey Filipo, su señor, que la una de ellas era muy hermosa, se llamaba Urraca, y la otra no era tan graciosa, pero tenía por nombre Blanca, y puestas ambas delante los embajadores, todos tuvieron entendido que echáran mano de la doña Urraca por ser la mayor y la más hermosa y estar más bien aderezada, pero preguntando los embajadores por el nombre de cada una, les ofendió el apellido de Urraca, y escogieron á la doña Blanca, diciendo que este nombre sería mejor recibido en Francia que el otro.

Lo sexto que honra al hombre es buen atavío de su persona, andar bien vestido y acompañado de muchos criados.

La buena descendencia de los hijodalgos de España es de aquellos que por el valor de su persona y las muchas hazñas que emprendieron, devengan en la guerra quinientos sueldos de paga. El cual origen no han podido averiguar los escritores modernos, porque si no son las cosas que hallan escritas y dichas por otros, ninguno tiene propia invencion. La diferencia que pone Aristóteles (1) entre la memoria y reminiscencia es, que si la memoria ha perdido algo de lo que ántes sabía, no tiene poder para tornarse á acordar si no lo aprende de nuevo; pero la reminiscencia tiene una gracia particular, que si algo se le ha olvidado, con muy poco que le quede, discurrendo sobre ello torna á hallar lo que tiene perdido. Cuál sea el fuero que habla en favor de los buenos soldados, está ya perdido, así en los libros como en la memoria de los hombres. Pero han quedado estas palabras, hijodalgo de devengar quinientos suel-

dos, segun fuero de España, y de solar conocido; sobre las cuales discurriendo y racionando, fácilmente se hallarán las compañeras.

Dando Antonio de Lebrija la significacion de este verbo, *Vendico*, as, dice que significa devengar para sí, como si dijera tirar para sí aquello que se le debe por paga ó derecho; como ahora decimos en nueva manera de hablar, tirar gajes de rey ó ventajas. Y es tan usado en Castilla la Vieja decir: Fulano bien ha devengado su trabajo, cuando está bien pagado, que no hay entre la gente muy pulida otra manera de hablar más á la mano. De esta significacion tuvo origen el llamar vengar cuando alguno se paga de la injuria que otro le ha hecho. Porque la injuria metafóricamente se llama deuda. Segun esto, querrá decir ahora Fulano es hijodalgo de devengar quinientos sueldos, que es descendiente de un soldado tan valeroso, que por sus hazñas mereció tirar una paga tan subida como son quinientos sueldos. El cual por fuero de España era libertado, él y todos sus descendientes, de no pagar pechos ni servicios al rey. El solar conocido no tiene más misterio de que cuando entraba un soldado en el número de los que devengaban quinientos sueldos, asentaban en los libros del rey el nombre del soldado, el lugar de donde era vecino y natural, y quiénes eran sus padres y parientes, para la certidumbre de aquel á quien se le hacía tanta merced: como parece hoy día en el libro del becerro que está en Simancas, donde se hallarán escritos los principios de casi toda la nobleza de España.

La misma diligencia hizo Saul cuando David mató á Goliath, que luego mandó á su capitán Abner (2) que supiese de qué stirpe descendit hic adolescens. Como si le dijera: sábeme, Abner, de qué padres y parientes descende este mancebo, ó de qué casa en Israel. Antiguamente llamaban solar á la casa, así del villano como del hidalgo.

Pero ya que hemos hecho esta digresion, es menester volver al intento que llevamos, y saber de dónde proviene que en el juego del ajedrez, pues decimos que es el retrato de la milicia, se corre más el hombre de perder que á otro ninguno, sin que vaya interes ni se juegue de precio. Y de dónde puede nacer que los que están mirando ven más tretas que los que juegan, aunque sepan ménos, y lo que hace mayor dificultad es, que hay jugadores que en ayunas alcanzan más tretas que habiendo comido, y otros despues de comer juegan mejor.

La primera duda tiene poca dificultad, porque ya hemos dicho que ni en la guerra ni en el juego del ajedrez no hay fortuna, ni se permite decir quién tal pensará; todo es ignorancia y descuido del que pierde, y prudencia y cuidado del que gana. Y ser el hombre vencido en cosas de ingenio y habilidad, sin poder dar otra excusa ni achaque más que su ignorancia, no puede dejar de correrse; porque es racional y amigo de honra, y no puede sufrir que en las obras de esta potencia otro le haga ventaja; y así pregunta Aristóteles (3) qué es la causa que los antiguos no consintieron que hubiese premios señalados para los que venciesen á otros en las ciencias, y los pusieron para el mayor sal-

(1) Lib. De memor. et reminiscend.

V. F.

(2) *Regum*, cap. XVII.

(3) 30 Sect., probl. 10.

tador, corredor, tirador de barra y luchador. A esto responde que en las luchas y contiendas corporales sufre poner jueces para juzgar el exceso que el uno hace al otro, porque podrán dar con justicia el premio al que venciere, porque es muy fácil conocer por la vista que salta más tierra y corre con mayor velocidad. Pero en la ciencia es muy dificultoso el tantear con el entendimiento cuál excede á cuál, por ser cosa tan espiritual y delicada. Y si el juez quiere dar el premio con malicia, no todos lo podrán entender, por ser un juicio tan oculto al sentido de los que lo miran.

Fuera de esta respuesta, da Aristóteles otra mejor, diciendo que los hombres no se dan mucho que otros les hagan ventaja en tirar, luchar, correr y saltar, por ser gracias en que nos sobrepujan los brutos animales. Pero lo que no pueden sufrir con paciencia es que otro sea juzgado por más prudente y sabio; y así toman odio con los jueces, y se procuran de ellos vengar, pensando que de malicia los quisieron afrentar. Y para evitar estos daños, no consintieron que en las obras tocantes á la parte racional hubiese jueces ni premios. De donde se infiere que hacen mal las universidades que señalen jueces y premios de primero, segundo y tercero, en licencias á los que mejor exámen hicieren. Porque allende que acontecen cada día los inconvenientes que ha dicho Aristóteles, es poner á los hombres en competencia de quién ha de ser el primero. Y que esto sea verdad, parece claramente, porque viniendo un día de camino los discípulos de Cristo, nuestro redentor, trataron entre sí cuál de ellos había de ser el mayor, y estando ya en la posada, les preguntó su maestro sobre qué habían hablado en el camino; pero ellos, aunque rudos, bien entendieron que no era lícita la cuestion, y así dice el texto que no se lo osaron decir; pero como á Dios no se le esconde nada, les dijo de esta manera (1): *Siquis vult primus esse, erit omnium novissimus et omnium minister*. Como si les dijera: el que quisiese ser primero ha de ser el postrero y siervo de todos. Los fariseos eran aborrecidos de Cristo, nuestro redentor (2), porque *Amant autem primos accubitus in scenis, et primas cathedras in Sinagogis*. La razon principal en que se fundan los que reparten los grados de esta manera es, que entendiendo los estudiantes que á cada uno han de premiar conforme á la muestra que diere, no dormirán ni comerán por no dejar el estudio. Lo cual cesaria no habiendo premio para el que trabajare, ni castigo para el que holgare y se echare á dormir. Pero es muy liviana y aparente, y presupone un falso muy grande, y es que la ciencia se adquiere por trabajar siempre en los libros y oír de buenos maestros, y nunca perder la leccion. Y no advierten que si el estudiante no tiene el ingenio y habilidad que piden las letras que estudia, es por demas quebrarse de noche y de día la cabeza en los libros. Y es el error de esta manera: que entran en competencia dos diferencias de ingenio tan extrañas como esto, que el uno, por ser muy delicado, sin estudiar ni ver un libro, adquiere la ciencia en un momento, y el otro, por ser rudo y torpe, trabajando toda la vida, jamas sabe nada. Y vienen los

(1) Math., cap. ix.

(2) Math., cap. xxiii.

jueces, como hombres, á dar primero á quien naturaleza hizo hábil y no trabajó, y postrero al que nació sin ingenio y nunca dejó el estudio; como si el uno hubiera ganado las letras hojeando los libros, el otro perdíolas por echarse á dormir. Es como si pusiesen premio á dos corredores, y el uno tuviese buenos piés y ligeros, y al otro le faltase una pierna. Si las universidades no admitiesen á las ciencias sino á aquellos que tienen ingenio para ellas, y todos fuesen iguales, muy bien era que hubiese premio y castigo, porque el que supiese más, era claro que había trabajado más, y el que menos se había dado á holgar.

A la segunda duda se responde que de la manera que los ojos han menester luz y claridad para ver las figuras y colores, así la imaginativa tiene necesidad de luz allá dentro en el cerebro para ver los fantasmas que están en la memoria. Esta claridad no la da el sol, ni el candil, ni la vela, ni los espíritus vitales que nacen en el corazon y se distribuyen por todo el cuerpo. Con esto es menester saber que el miedo recoge todos los espíritus vitales al corazon, y deja á oscuras el cerebro, y frias todas las demas partes del cuerpo; y así pregunta Aristóteles (3): *Cur voce, et manibus, et labio inferiori tremant qui metuant?* Como si dijera: ¿qué es la causa que los que tienen miedo les tiemblan la voz, las manos y el labio inferior? A lo cual se responde que con el miedo se recoge el calor natural al corazon, y deja frias todas las partes del cuerpo, y de la frialdad hemos dicho atrás, de opinion de Galeno (4), que entorpece todas las facultades y potencias del ánima, y no las deja obrar. Con esto está ya clara la respuesta de la segunda duda, y es, que los que están jugando al ajedrez tienen miedo de perder, por ser juego de pun-donor y afrenta, y no haber en él fortuna, como hemos dicho, y recogiendo los espíritus vitales al corazon, queda la imaginativa torpe por la frialdad y los fantasmas á oscuras, por las cuales dos razones no puede obrar bien el que juega. Pero los que están mirando, como no les va nada, ni tienen miedo de perder, con menos saber alcanzan más tretas, por tener su imaginativa calor, y estar alumbradas las figuras con la luz de los espíritus vitales. Verdad es que la mucha luz deslumbrá tambien la imaginativa, y acontece cuando el que juega está corrido y afrentado de ver que le gana, entónces con el enojo crece el calor natural, y alumbra más de lo que es menester, de todo lo cual está reservado el que mira.

De aquí nace un efecto harto usado en el mundo, que el día que el hombre quiere hacer mayor muestra de sí y dar á entender sus letras y habilidad, aquel día lo hace peor. Otros hombres hay al revés, que puestos en aprieto hacen grande ostentacion, y salidos de allí no saben nada; de todo lo cual está la razon muy clara, porque el que tiene mucho calor natural en la cabeza, señalándole en veinte y cuatro horas una leccion de oposicion, húyale al corazon parte del calor natural, que tiene demasado, y así queda el cerebro templado, y en esta disposicion, probarémos en el capítulo que se sigue, que se le ofrece al hombre mucho

(3) 72 Sect., probl. 6.

(4) Lib. *Quod anim.*, c.

que decir. Pero el que es muy sabio y tiene grande entendimiento, puesto en aprieto, no le queda calor natural en la cabeza, con el miedo, y así, por falta de luz, no halla en su memoria qué decir.

Si esto considerasen los que ponen lengua en los capitanes generales, condenando sus tretas y el órden que dan en el campo, verian cuánta diferencia hay de estar mirando la guerra desde su casa, ó jugar lances en ella, con miedo de perder un ejército que el rey le ha puesto en sus manos.

No menos daño hace el miedo al médico para curar, porque su práctica, hemos probado atrás, pertenece á la imaginativa, la cual se ofende más con la frialdad que otra potencia ninguna, porque su obra consiste en calor, y así se ve por experiencia que los médicos curan mejor á gente vulgar que á los príncipes y grandes señores. Un letrado me preguntó un día, sabiendo que yo trataba de esta invencion, qué era la causa que en el negocio que le pagaban bien se le ofrecian muchas leyes y apuntamientos en el derecho, y en los que no tenia cuenta con su trabajo, parece que le huia todo cuanto sabía; á lo cual respondió que el interes pertenece á la facultad irascible, la cual reside en el corazon; y si no está contenta, no da de buena gana los espíritus vitales, con la luz de los cuales se han de ver las figuras que hay en la memoria; pero estando satisfecha, da con alegría el calor natural. Y así tiene el ánima racional claridad bastante para ver todo lo que está escrito en la cabeza. Esta falta tienen los hombres de grande entendimiento, ser escasos y muy interesales, y en éstos se echa más de ver la propiedad de aquel letrado. Pero bien mirado ello, parece ser acto de justicia querer ser pagado el que trabaja en la viña a ena.

La misma razon corre por los médicos, á los cuales, estando bien pagados, se les ofrecen muchos remedios, y si no, tan bien les huye el arte como al letrado. Pero una cosa se ha de notar aquí muy importante, y es, que la buena imaginativa del médico en un momento atina á lo que conviene hacer. Y si se pone despacio á mirarlo, luégo acuden mil inconvenientes que le dejan suspenso, y entre tanto se pasa la ocasion del remedio. Y así nunca conviene al buen médico encomendarle que mire bien lo que ha de hacer, sino que ejecute aquello que primero le pareció.

Porque atrás hemos probado que la mucha especulacion sube de punto el calor natural, y tanto puede crecer que desbarate la imaginativa; pero al médico que la tiene remisa no le hará daño estar mucho contemplando; porque subiendo el calor al cerebro, vendrán á alcanzar el punto que esta potencia ha menester.

La tercera duda tiene por lo dicho la respuesta muy clara, porque la diferencia de imaginativa con que se juega al ajedrez pide cierto punto de calor para alcanzar las tretas, y el que juega bien en ayunas, tiene entónces la intension de calor que ha menester, pero con el calor de la comida sube del punto que es necesario, y así juega menos; ó al revés acontece á los que juegan bien despues de comer, que subiendo el calor con los alimentos y el vino, alcanza el punto que le faltaba en ayunas; y así conviene enmendar un lugar de Platon

que dice (1) haber desviado naturaleza con prudencia el hígado del cerebro, porque los alimentos con sus vapores no perturbasen la contemplacion del ánima racional. Y si entienden en las obras que pertenecen al entendimiento, dice muy bien; pero no ha lugar en algunas diferencias de imaginativa: lo cual se ve por experiencia claramente en los convites y banquetes, que yendo la comida de medio abajo, comienzan los convidados á decir gracias, donaires y apodos, y al principio ninguno hallaba qué decir; pero ya al fin de la comida apenas aciertan á hablar, por haber subido de punto el calor que pide la imaginativa. Los que han menester comer y beber un poco para que se les levante la imaginativa, son los melancólicos por adustion, porque éstos tienen el cerebro como cal viva, la cual tomada en la mano está fria y seca al toque, pero si la rocian con algun licor, no se puede sufrir el calor que levanta.

Tambien se ha de corregir aquella ley que trae Platon de los cartagineses (2), por la cual prohibian que los capitanes no bebiesen vino estando en la guerra, ni los gobernadores durante el año de su magistrado; y aunque Platon la tiene por muy justa, y nunca la acaba de loar, es menester hacer distincion. La obra del juzgar, ya hemos dicho atrás pertenece al entendimiento, y que esta potencia aborrece el calor, y para esto hace muy gran daño el vino. Pero gobernar una república, que es distinta cosa de tomar un proceso y sentenciarle, pertenece á la imaginativa, y ésta pide calor. Y no llegando al punto que es necesario, bien puede el gobernador beber un poco de vino para hacerle llegar. Lo mismo se entiende del capitán general, cuyo consejo se ha de hacer tambien con la imaginativa. Y si con alguna cosa caliente se ha de subir el calor natural, ninguna lo hace tan bien como el vino; pero ha de ser moderadamente bebido, porque no hay alimento que tanto ingenio dé al hombre, ó se lo quite, como este licor. Y así conviene que el capitán general tenga conocida la manera de su imaginativa, si es de las que han menester comer y beber para suplir el calor que le falta ó estar en ayunas; porque en solo esto está alcanzar una treta ó perderla.

CAPÍTULO XVII (3).

Donde se declara á qué diferencia de habilidad pertenece el oficio de rey, y qué señales ha de tener el que tuviere esta manera de ingenio.

Cuando Salomon fué elegido por rey y caudillo de un pueblo tan grande y numeroso como Israel, dice el texto que para poderlo regir y gobernar, pidió sabiduría del cielo y nada más (4). La cual demanda fué tan á gusto de Dios, que en pago de haber acertado tan bien, le hizo el más sabio rey del mundo, y no contento con esto, le dió muchas riquezas y gloria, encareciéndole siempre su gran peticion. De donde se infiere claramente que la mayor prudencia y sabiduría que puede haber en el hombre, ésa es el fundamento en que estriba el

(1) *Diálogo de natura*.(2) Lib. II *De legibus*.

(3) Décimocuarto de la edicion primitiva.

(4) 3 *Regum*, cap. III.